

## LA SANTA COMPAÑA DEL CASTELO

### Leyendas canguesas

---

**EUGENIO EIROA FRANCO**

*(Con datos de los archivos de la familia Eiroa Hermo)*

"Me la contó una ancianita del Castelo, cuando esta barriada era por entonces una minúscula aldea. Tendría yo como quince años y me acompañaba una jovencita de entonces, Carmiña Oliveira Avendaño. Íbamos por el "camiño vello do monte" a la novena de Santa María de Darbo...", me explicaba un día mi tío, Joaquín Francisco Eiroa Hermo, cronista de Cangas en aquel tiempo.

Me hablaba de las llamadas "leyendas canguesas", no pocas, según él, pero también basadas en la repetición de los relatos transmitidos de generación en generación, en la transmisión oral, en el "dixome-dixome" más que en el rigor documental o histórico; "con lo que a las leyendas habrá que hacerles el propio caso derivado de la curiosidad y poco más". Pero ahí están, como parte de la tradición oral de nuestros antepasados y del propio acervo cultural cangués. Y sería injusto enterrarlas.

#### LA SANTA COMPAÑA, CADA NOCHE DE GALERNA

Contaba pues, aquella viejecita del lugar, que al cruceiro medieval del Castelo venía -y no sabía decir si era desde Darbo o desde Aldán- la Santa Compañía cada noche de galerna. Era una fúnebre, lúgubre, larguísima procesión de unos doscientos cincuenta a trescientos esqueletos medievales formando dos hileras. Había muchos esqueletos de hombres, que vestían recias y oxidadas armaduras de acero, con largas espadas al cinto. Y los había también de mujeres de todas las edades y condiciones: nobles, hidalgas, menestralas y hasta mozas que llaman de partido. Ellas lucían buenos vestidos -rojos o verdes, claros u oscuros; y hasta negros-, con o sin bordadas tocas blancas. Algunas que pudieron en vida ser labriegas, se tocaban con pañolones "á curra" y lucían mantón. Todos -ellos y ellas- habían muerto hacía ochocientos años, cuando todavía el vetusto castillo -ya desaparecido- estaba en su apogeo.

La viejecita que relataba la leyenda -con especial auto convencimiento- hablaba también a mi tío de la famosa "Dama do Peine". No formaba parte -según la vieja- de la procesión de los esqueletos, pero sí la esperaba, sentada -como en un trono- sobre "un penedo" de la Atalaya.

Los esqueletos de la Santa Compañía, al pasar frente a la "Dama do Peine", giraban sobre el talón derecho y le hacían frente. Si eran esqueletos de hombre, inclinaban la calavera; y si eran féminas, hacían una ligera reverencia, inclinando el espinazo hacia adelante.

Al pasar el prelado, o el cura de Darbo que presidiera, ocurría al revés: era la "Dama do Peine" la que se levantaba y hacía reverencia; y el presidente quien la bendecía con su huesuda mano derecha.

## LA DAMA DO PEINE

¿Quién sería la misteriosa "Dama do Peine"?, se preguntaba mi tío al oír el relato de la viejecita. Muchos años después, una tarde de verano, sentados bajo la parra de la finca familiar canguesa, mi tío Paco me contaba cómo "aquel día no me atreví a insinuar que podría ser la reina doña Urraca y, mientras la viejecita seguía con su relato, guiñé un ojo a Carmiña Oliveira, sin decir absolutamente nada. No fuera que la vieja se enfadara de nuevo y volviera a tildarnos de "jovencitos descreídos"...

El caso es que la "Dama do Peine" lucía un lujosísimo vestido de gran Señora, de terciopelo y púrpura, con ricos bordados de oro y plata. Y, aunque fuera esqueleto, brotaba de su calavera tan frondosa, ondulada y larguísima cabellera negra "que le llegaba hasta los tobillos". Al decir de la viejecita que transmitía a mi tío -y a Carmiña Oliveira- la leyenda, "vivía en un palacio subterráneo bajo los penedos de la Atalaya y solamente se dejaba "ver" -es un decir, claro está- las noches de la Santa Compañía y las de plenilunio. En ambos casos, cercana al medieval cruceiro.

En las noches de luna llena, se pasaba todo el tiempo armada de un duro peine de asta de dobles púas, peinando y volviendo a peinar su larguísimo pelo, desde la medianoche hasta que un esqueleto femenino le avisaba que el alba ya pronto iba a rayar.

## LA PROCESIÓN

En la procesión, cada esqueleto de la Santa Compañía llevaba un hacha encendida "como aquellas que rodeaban los túmulos durante los funerales en la colegiata de Cangas y que suministraba la Cofradía de la Misericordia".

Cuando las dos largas hileras de la fúnebre procesión de la Santa Compañía llegaban al medieval cruceiro, se unían para ir dando vueltas al rústico y viejo monumento, describiendo una especie de espiral hasta los últimos.

Entonces llegaba el esqueleto que presidía. Era un cura de Darbo de 8 siglos atrás; pero las más de las veces, quien actuaba de preste, era ni más ni menos, que el viejísimo, el imponente y señero esqueleto del gran Don Diego Gelmírez, "Dei et Apostolicae Sedis Gratia, Episcopus Compostelanus et Totius Orbis", gobernador y regente del Reino de Galicia, y Señor -en su tiempo- del Castelo de Daravum o Daravelo, tan inmediato.

("La anciana no se explicaba con tales latines, pero yo lo hago así para facilitar la identificación", me decía mi tío, con aquella facilidad tan innata que tenía para hacer tan agradable al oído todo lo que relataba.)

Dos esqueletos de frailes legos improvisaban en un santiamén un altar ante el cruceiro; y lo vestían. Sobre el mantel, unos corporales; y sobre los corporales, un cáliz, en el que echaban vino blanco de Temperán. Sobre el cáliz, una patena con una forma y, tapando esta, una hijuela. Al lado, un misal mozárabe...

Es curioso cómo la vieja, transmisora de esta leyenda, recordaba muy bien y con todo detalle la figura del primer gran Arzobispo compostelano. Su esqueleto era majestuoso, vestía una larga sotana verde, con una corta alba, más larga que un roquete, que llegaba hasta media pierna y, sobre ella, una casulla negra del tipo gótico, muy engalonada y bordada de oro. Llevaba sobre el pecho una gruesa cadena y, pendiente de ella, una no menos gruesa cruz pectoral, con una gran piedra preciosa. En un dedo de su huesuda mano derecha, ostentaba un grueso anillo de oro; iba

tocado con blanca y chata mitra, engalonada y bordada en oro; y se apoyaba en un báculo de plata con adornos de oro...

### **LA MISA DE REQUIEM**

Comenzaba entonces una misa solemne de Difuntos. Si no venía el gran prelado, era el Cura de Darbo quien celebraba, asistido por el señor Abade de Hío como diácono; y el señor Abade de Coiro como sub-diácono, con dalmáticas negras. Si efectivamente presidía el esqueleto de Gelmírez, la misa era entonces de gran pontifical, con los esqueletos del cura de Hío como diácono, el de A Magdalena como sub-diácono, el de Coiro como presbítero asistente, con capa negra, y el de Darbo como maestro de ceremonias. A veces asistían también los señores Abades de Aldán, de San Martiño de Bueu y de Moaña; y el de San Xoán de Tirán, revestidos de roquete... detallaba la viejecita.

El momento de la consagración resultaba muy emotivo: los armados esqueletos varoniles empuñaban y desenvainaban sus espadas y permanecían en actitud de saludo, mientras que los esqueletos de los clérigos y los de las féminas, se arrodillaban devotamente en tierra. "Y un detalle especialísimo -recordaba mi tío Paco- la anciana decía que los esqueletos asistentes no comulgaban "porque non tiñan carcabo".

La Santa Compañía, desde que se veía venir, hasta el final del responso que seguía a la misa, tardaba en desaparecer unas cinco horas... "xa se sabe, as misas de pontifical con sermón...", argumentaba la vieja.

Al terminar todos los actos, se apagaban las hachas, que cada esqueleto llevaba consigo. Se formaban pequeños grupos y todos los esqueletos se iban al palacio subterráneo. La vieja suponía que a desayunar; pero no lo sabía cierto, porque, claro, nunca los acompañó a tan nutritivo acto. Como no sabía tampoco cómo ni cuándo cada uno tornaba a su sepultura, hasta la próxima Santa Compañía.

En fin, como diría mi querido padre, Eugenio: "leyendas, que tu tío anotó con tanta precisión, guardó y más tarde escribió". Y como mi padre meticuloso era, enseguida precisaba: "no confundir con hechos ciertos, verificados, en verdad acaecidos, por mucho que tengan tintes de leyenda". Y ponía de inmediato ejemplos: "la triste y verdadera historia del perro de don Eugenio Sequeiros Matos que murió sobre la tumba de su amo", "o el caso del abuelo de Luis Boullosa que fue al cementerio en una noche -como consecuencia de una apuesta- y fallecía en esa misma noche..."

**(Publicado en "Asociación del Cristo del Consuelo". Cangas, Agosto de 2012)**